XV

COLABORANDO AL EVANGELIO

Acabada la cuarentena del desierto, Jesús, lleno del Espíritu Santo, se entregó por completo a su divina misión de evangelizar. Incansable recorría todo el país de Israel, anunciando la Buena Nueva, curando enfermos y arrojando demonios.

Y clamaba por todas partes exhortando a la gente: *¡Convertíos y creed el evangelio!* Que ya está cerca el Reino de Dios.

María cooperaba.

La Virgen Santísima no era indiferente a los afanes de su Hijo. Le seguía con amoroso interés, y, en la medida del plan divino, colaboraba con todas sus fuerzas a la difusión del mensaje de Cristo.

Oraba intensamente, atrayendo del cielo una lluvia de gracias sobre la tierra yerma, y sobre el pueblo que vagaba sediento y errante, como rebaño sin pastor. Y la intercesión de María fecundaba la semilla que, a montones, esparcía el divino Sembrador.

¡Cómo gozaba cuando veía germinar la palabra de vida en los corazones sencillos, que la recibían con avidez! Mas también observaba con dolor las insidias del enemigo que, envidioso de la salvación de los hombres, iba sembrando cizaña en el campo del Padre.

A cuando podía *ayudaba ella con sus conversaciones y su ejemplo*, a escuchar con docilidad las palabras del Salvador, y obedecer sus consignas.

Atestigua S. Lucas que un grupo de piadosas mujeres seguía de lejos a Jesús y a sus apóstoles, y les suministraban lo necesario para su vida y actividad, colaborando así al evangelio (Lc.8,2s). ¿Quién duda que entre ellas, animándolas, se hallaba María?

"Ahí están tu Madre y tus hermanos"

De la presencia de María en la obra de Jesús, da testimonio el episodio narrado por Mt.(12,48 ss) y Mc (3,33). Un día estaba hablando Jesús a las turbas, que lo escuchaban embelesadas. Uno le avisó: *"Tu Madre y tus hermanos están ahí* y desean hablarte".

—¿Mi madre y mis hermanos? —respondió El. Y señalando a sus discípulos añadió—: Estos son mi madre y mis hermanos. Pues todo el que haga la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ese es mi hermano y hermana y mi madre.

Con estas palabras de aparente despego respecto

a su Madre, sólo pretende Jesús acentuar su *independencia mesiánica,* libre de todo lazo humano por íntimo que sea, cuando se trata de cumplir la misión que le ha confiado el Padre.

Y en realidad la afirmación de Jesús envuelve un gran elogio para María. Pues ¿quién cumplió más plena y amorosamente la voluntad de Dios que *su humilde esclava?* Su vida entera no fue sino hacer continua realidad el Sí que dió al mensaje del ángel.

Así María es *doblemente Madre de Jesús:* una por haberlo concebido, y otra por su humilde sumisión al querer divino. Sumisión que alcanzó la más alta cota de heroismo, junto a la Cruz de su Hijo.

"¡Bendito el vientre que te llevó!"

En otra ocasión, una mujer de entre la turba que le seguía, entusiasmada por sus palabras y milagros, prorrumpió en esta espontánea exclamación: *"¡Bendito el vientre que te llevó y los pechos que mamaste!",* que es como decimos los andaluces: ¡Bendita sea tu madre!

Jesús sonrió complacido del ingenuo elogio, que redundaba en su Madre, pero le dió un giro más elevado: "Mejor dí, *felices los que oyen la palabra de Dios y la cumplen".*

¿Y acaso no escuchó María la palabra de Dios en

el mensaje del ángel, y lo aceptó sin reservas con aquel sí que fue nuestra salvación? Y escuchaba ella la palabra de Dios que predicaba su Hijo, y la cumplió con toda fidelidad, hasta el Calvario, y hasta su propia muerte.

Y como fue la más fiel de todas las criaturas a la palabra de Dios, fue también la más bendita y feliz de todas y feliz la proclaman todas las generaciones.

XVI

EL EPISODIO DE CANA

¿Qué pasa hoy en el pequeño pueblo de Caná? ¡Hay tanto bullicio y algazara por las calles! Pues, sencillamente, que se celebra una boda, y toda la gente está de fiesta. Y como Caná se halla muy cerca de Nazaret, hay allí muchos nazaretanos, amigos o parientes de los novios.

Entre esos amigos está *María, la Madre de Jesús,* trajinando para ayudar y servir. También ha sido invitado Jesús con sus discípulos.

Unos momentos de apuro.

De pronto comienzan algunos de los sirvientes a cuchichear inquietos entre sí. ¿Qué pasa? Pues ahí es nada. Que, por haberse presentado más comensales de lo previsto, a la mitad del banquete *empieza a faltar el vino.* Va a ser un tremendo bochorno para los jóvenes esposos.

María se ha dado cuenta enseguida, con esa mirada de lince que tiene la caridad para las angustias

del prójimo. Además, ella comprende que, a esas horas, la falta no tiene remedio humano. Como no sea que su Hijo... Pero pedir su intervención para un asunto tan trivial... ¿Y por qué no intentarlo? Ella conoce muy bien el Corazón del Señor, tan inclinado a la bondad.

Intercesión de María.

La Virgen vacila todavía un poco. ¿No será irrespetuoso, inoportuno? Proque se trata nada menos que de pedir un milagro. Una intervención de la omnipotencia, sólo para evitar el sonrojo a una pareja de aldeanos.

Pero la caridad manda, y la Virgen se decide. Se acerca a Jesús, y sólo le dice una sencilla frase: *"No tienen vino"*. La respuesta era de esperar: " ¡Mujer! ¿y qué nos va a tí y a mí? Además, *aún no ha llegado mi hora"*.

A pesar de las apariencias de repulsa, María sabe muy bien lo mucho que le importan a Jesús los apuros de sus amigos, y su inclinación innata a ayudar al que lo necesita. Así que no duda ella en decir a los sirvientes: *"Haced todo lo que El os mande"*.

Estupenda consigna para nuestra vida: Hacer todo lo que nos mande Jesús. Magnífico programa para un cristiano.

Entonces Jesús les ordena llenar de agua unas grandes vasijas que hay allí, con capacidad entre to-

das para unos 600 litros. Y hecho esto les dice: *"Llenad una copa y llevadla al maestresala"*. Cuando este cató el contenido de la copa, saboreó un vino de la mejor calidad.

Impresionado llama al novio y le manifiesta su extrañeza: ¿Cómo has guardado para el final del banquete el vino mejor? El buen vino se pone al principio, y luego, cuando los comensales están ya beodos, se les sirve el vino peor. Pero tú has guardado *el vino mejor para el final.*

Y en verdad que Jesús nos ha dado en los tiempos últimos, en el Nuevo Testamento, el vino más excelente: *Su sangre preciosa* en la Eucaristía.

Este milagro fue grandioso, pues hubo creación de materia que allí no había, un vino de la mejor calidad. Fue *el primer milagro* de Jesús, y nótese bien, lo realizó *por la intercesión de María.*

Milagro contra reloj.

La Virgen hizo que Jesús anticipara la hora de comenzar sus milagros, que El había determinado. *"Todavía no ha llegado mi hora"*. Quizá pensaba El comenzarlos en la próxima Pascua. Mas la súplica de María adelanta su hora. ¡Maravilloso! Ella cambia los planes del Señor en favor nuestro.

Confiemos en la intercesión de la Virgen. Acudamos llenos de esperanza al trono de gracia y de misericordia en que se sienta la Reina del cielo, al lado de su Hijo, y lograremos el auxilio oportuno en nuestras necesidades. María es *la omnipotencia suplicante.*

XVII

MARIA JUNTO A LA CRUZ

Según el Kempis, Cristo tiene ahora muchos amigos de su Reino, pero pocos que quieran llevar su Cruz. Muchos le siguen hasta el partir del pan, pero muy pocos hasta beber el cáliz de su Pasión. Todos le bendicen en tiempo de consuelo, pero muy pocos cuando arrecia la tribulación.

Los apóstoles, antes de ser iluminados por el Espíritu Santo, se entusiasmaban con sus milagros y esperaban un reino glorioso. Pero si les hablaba de su próxima pasión y muerte, no lo entendían. Y cuando, en efecto, lo vieron preso por sus enemigos, huyeron a la desbandada. Es *el escándalo de la Cruz*.

Actitud de María.

De ella no cuentan los evangelios que estuviera presente en la entrada triunfal de su Hijo en Jerusalén, pero sí la vemos en el Calvario, participando de su ignominia y su dolor.

Cuando los príncipes y la chusma insultan al Crucificado, ella está firme junto a la Cruz de su Hijo, sin separarse de El. Inmedible era su dolor, cuanto inmedible era su amor. Y tan indecible era su pena, que podía decir mejor que Jeremías:

– ¡Oh vosotros, los que pasáis por el camino, mirad y ved si hay dolor semejante al mío! En verdad, Virgen, hija de Sión, grande es como el mar tu aflicción. ¿Quién podrá aliviarte?

Los clavos y espinas no torturan tu carne, pero una espada de dolor traspasa tu alma. Por el martirio de tu corazón maternal, eres con toda verdad *Reina de los mártires.*

Un consuelo para Jesús.

Cierto que el ver sufrir a su Madre hace más acerba la aflicción de Jesús. Sin embargo, no hay duda que también le consolaba no poco su presencia. Pues todo el que sufre siente como un bálsamo la presencia voluntaria de una persona que lo ama y no lo abandona en su tribulación.

También por otro motivo consolaba a Jesús la cercanía de su Madre. Pues ella era la única persona de todos los allí presentes, que *sabía estimar el sublime significado de su Pasión.* Los demás amigos suyos lo compadecían hondamente, como a víctima arrastrada por los verdugos a un suplicio injusto.

Sólo María, iluminada por Dios, admiraba a Jesús Crucificado como Salvador del mundo, que desde aquel madero *estaba realizando el plan divino* de la redención humana.

Sólo ella veía que Jesús, con su Cruz, estaba reparando la quiebra abismal que el pecado había abierto entre Dios y los hombres, y estaba tendiendo *un puente de reconciliación y de paz entre el cielo y la tierra.*

Y esta hazaña de Cristo era la gesta más gloriosa de la historia, la liberación de la humanidad caida, la restauración del honor divino. ¡Oh feliz culpa, que mereció tener tan sublime Redentor!

Así pues, María, en medio de su inmensa aflicción, admiraba y bendecía el amor, sabiduría y poder del Altísimo Dios, que por la Cruz de su Hijo salvaba al mundo.

María Corredentora.

Mas la Virgen, junto a la Cruz, no sólo acompañaba a su Hijo. También cooperaba con El a la redención de los hombres. Como Eva junto al árbol del paraiso fue cómplice de Adán para la perdición del mundo, así María junto al árbol de la Cruz *fue asociada a Jesús* en la obra salvífica.

Y la obediente esclava del Señor, fuerte en la fe y en el amor, permanece allí, traspasada de dolor, aceptando el sacrificio de su Hijo querido, y unien-

do a él su propio sacrificio de Madre dolorida.

Ella también es redimida por Cristo, con una redención excepcional, que la hace pura sin ninguna mancha, y es la flor más bella del árbol de la Cruz. Y así pudo ser asociada a la redención de los demás, *por virtud del Redentor divino,* y *subordinada a El.*

En este sentido podemos reconocer a María por *Corredentora del linaje humano,* y segunda Eva, reparadora del pecado de la primera. De este modo, aquel Sí incondicional con que respondió al ángel en la Anunciación, tiene ahora, junto a la Cruz, su más grandioso cumplimiento.

XVIII

EL REGALO DE JESUS AL MUNDO

Desde el trono de su Cruz, con regia esplendidez, empieza Jesús a repartir los dones que, con su sacrificio, nos está conquistando. Da a sus verdugos el perdón, al ladrón arrepentido el paraíso, y a todos, como el más valioso regalo, su propia Madre.

Mujer, he ahí a tu hijo.

Desde su Cruz ve el Señor un grupo de personas que, con su presencia,le manifiestan inquebrantable

fidelidad en la hora terrible de la prueba. En ese grupo está Juan, el discípulo a quien el tanto quería, acompañando a su Madre María, traspasada de dolor.

Jesús, haciendo un esfuerzo para exprimir las lágrimas y sangre que nublan sus ojos, dice a María: *"Mujer, ahí tienes a tu hijo"*. En Juan (como han demostrado excelentes escrituristas) están representados todos los discípulos de Jesús, e incluso todos los hombres. Jesús, pues, declaró a la Virgen María, Madre nuestra.

El que nos había hecho hijos adoptivos de Dios, su Padre, nos hace ahora también hijos de María, su Madre. Y estas palabras de Jesús, en el solemne momento en que daba su vida por redimirnos, se grabaron de modo imborrable en el corazón maternal de María, como un *testamento inviolable.*

Le hacían sentir estas palabras de su Hijo moribundo, que además de Jesús, tenía otros innumerables hijos, a los cuales estaba dando la vida divina, entre dolores maternales. Desde este momento, todo el amor con que María amaba a Jesús, *lo volcó sobre nosotros,* con toda la ternura de su corazón de Madre.

Ya no podrá olvidarnos nunca, porque nunca dejará de resonar en su alma el último encargo de su Hijo al morir. Por eso ella jamás nos rechazará, no se lo permite el corazón.

¡Señor! Qué regalo más conmovedor nos hiciste,

cuando estabas dando tu vida por nuestra redención! Ya nos habías dado tu Cuerpo y tu Sangre para comida de nuestras almas. Ahora nos regalas tu propia Madre.

¡Con qué filial confianza podremos acudir siempre a ella, pues nos recomendó a sus cuidados su Hijo, mientras agonizaba en el duro lecho de la Cruz!

He ahí a tu Madre.

Todo don divino tiene, como es justo, su contrapartida. Nobleza obliga. No olvidemos que, apenas Jesús había dicho esas palabras a María, se dirigió a Juan y le dijo: *"Ahí tienes a tu Madre"*. Y Juan, consciente de tan honorífico cargo, se la llevó ya consigo para siempre.

Sintamos los cristianos, discípulos amados de Jesús, este encargo hecho a Juan, como hecho también a cada uno de nosotros. Llevemos también con nosotros para siempre a la Virgen María, como algo ya inseparable de nuestra vida. Y en el santuario de nuestra personal devoción, pongamos a María en el lugar preminente que le corresponde, junto a Jesús, lo más cerca de El.

El grupo junto a Jesús.

Pero junto a la Cruz del Señor, no está sólo Ma-

ría acompañada de Juan. Es todo un grupo que rodea a la Virgen, y hacen *guardia de amor y de lealtad a su Rey crucificado.* Y es curioso: todas son personas débiles, mujeres y un discípulo juvenil, casi niño.

¿Donde quedan los fuertes varones, los que juraban y perjuraban acompañar a su Maestro hasta la cárcel y la muerte? Huyeron a la desbandada, y se disimulan entre la turba, o van a esconderse, cerrando bien la puerta "por miedo a los judíos".

Pero lo que más me intriga es pensar cuál puede ser la fuerza que une a este débil grupo junto a la Cruz, sin miedo a los soldados ni a los príncipes del pueblo. La respuesta es clara:

La *fuerza aglutinante,* que une y mantiene unido a este grupo, es *la que irradia de María,* la Madre de Jesús, la Virgen fuerte en la fe y ardiente en el amor de Cristo. Ella comunica a los demás su fortaleza.

¿Queremos perseverar siempre en el amor y lealtad a Jesús? Seamos devotos constantes de su Madre, unámonos siempre a ella, y la *Virgen fiel* nos hará que perseveremos siempre adictos al Rey divino, hasta el fin.

XIX

ANGUSTIA Y SOLEDAD DE MARIA

Amainado ya el furor de los enemigos de Jesús con su muerte, el valor de algunos discípulos empezó a rehacerse tímidamente. Dos de ellos, José de Arimatea y Nicodemo, decidieron *bajar de la Cruz el venerado cuerpo* de su Maestro.

Nicodemo, inmensamente rico y culto rabino de Israel, se había hecho discípulo de Jesús, convencido de que los signos que obraba eran el sello de Dios que aprobaba su mensaje. Pero no había tenido valor para manifestarse por miedo a los judíos. Ahora, la tormenta de la Pasión lo había fortalecido para declararse discípulo del Señor.

José de Arimatea, noble judío, pertenecía nada menos que al sanhedrín, pero de ningún modo había consentido en la condena de Jesús. Ahora no dudó en presentarse audazmente ante Pilato, *pidiéndole el cuerpo del Señor.* El romano se lo concedió gustoso, después de cerciorarse por el centurión de que ya había muerto.

Ambos fueron al Calvario, y con ayuda de otros

discípulos procedieron al descendimiento de divino cadáver, con religioso respeto.

Angustias de la Virgen.

Desclavado y bajado del madero el santo cuerpo, ¿dónde iban a depositarlo por primera providencia, sino en el regazo de María allí presente? Ella, su Madre, tomó y estrechó aquel tesoro contra su pecho, y con ardorosas lágrimas lloró sobre él.

Lloró mucho, con paz y sosiego sobrenatural, y las lágrimas de la Virgen caían sobre aquellos miembros maltratados y lívidos de su Hijo. Es el momento que los artistas cristianos han inmortalizado en sus esculturas, llamadas popularmente "la piedad", como la famosa de Miguel Angel.

Teniendo María el cuerpo de Jesús en sus brazos, le venían a la memoria los días ya lejanos, cuando sostenía ese mismo cuerpo de Jesús, recién nacido. Entonces el portal de Belén, ahora el monte Calvario. ¡Qué contraste! Allí tanto gozo y felicidad, aquí tan triste duelo.

Miraba la Virgen el rostro de Jesús, denegrido y cubierto de sangre por la corona de espinas, y sucio del polvo y de los asquerosos salivazos con que lo habían profanado. Lloraba besando los cardenales y llagas de todo el cuerpo. Su dolor era tan inmenso como inmenso era su amor.

Contemplaba María la llaga del costado, y a tra-

vés de esa puerta, su mente iluminada penetraba hasta el Corazón del Salvador, y admiraba extasiada la llama ardiente e inextinguible que allí ardía por todos los hombres, y por ella misma en mayor grado.

Y elevando al cielo su corazón destrozado, ofrecía al Padre la Víctima divina, y la suplicaba misericordia por todos los pecadores, pues de todos la había constituido Madre el mismo Redentor moribundo.

Soledad en fe y esperanza.

Enseguida, los que habían bajado el cuerpo de Jesús, lo lavaron con gran cariño y respeto, y lo perfumaron con costosa mixtura de mirra y áloe, fajándolo con vendas, y envolviéndolo en amplia sábana, según la costumbre judía.

Cerca del lugar de la crucifixión tenía José de Arimatea un huerto, y allí un sepulcro nuevo excavado en la roca, donde aún nadie había sido sepultado. En ese sepulcro colocaron apresuradamente el cuerpo, pues se echaba encima la festividad del sábado.

Ahora ya la Virgen no tenía el consuelo de ver a Jesús, ni siquiera muerto. Y por más que la rodearan con su cariño los discípulos del Señor y las piadosas amigas, experimentaba ella la más agobiante soledad, pues le faltaba *el Unico, el Amado de su alma.*

Por eso, cuanto podía, se recogía a solas, para reflexionar sobre cuanto había visto y oido, y que ella guardaba en su corazón. Y ni un momento se borraba de su imaginación la figura del Hijo amado, tan vilmente maltratado por los pecadores.

Sin embargo, *el sentimiento de soledad no derribaba su ánimo*, como les había pasado a los más fuertes discípulos. Ella había oído repetidas veces a Jesús profetizar que resucitaría al tercer día, y lo había creido sin vacilaciones.

De ahí que no se preocupara, como las otras mujeres, de llevar nuevos aromas para ungir otra vez un cuerpo, que sabía iba a resucitar de un momento a otro. Y es que, en medio de la borrasca, se había mantenido erecto en su corazón el mástil de la esperanza.

Como aguarda el centinela la aurora, aguardaba María con serenidad, no exenta de emoción, la inminente vuelta de su Hijo resucitado a una nueva vida.

XX

TRAS EL DOLOR, EL GOZO

Apenas apuntaba el alba del tercer día desde que murió en la Cruz, cuando Cristo surgió del sepulcro con una nueva vida, venciendo a la misma muerte: "*¡Oh Muerte, yo seré tu muerte!*"

Enseguida, como Capitán vencedor, se dispuso a reunir de nuevo a sus soldados, que en su aparente derrota se habían dispersado. Con su presencia los confortará.

¡Alégrate, Reina del Cielo!

En cuanto resucitó Jesús se apareció, antes que a nadie, a María su Madre. El evangelio no nos cuenta esta aparición, de carácter especialmente íntimo, pero como advierte S. Ignacio, el evangelista supone que tenemos entendimiento.

Pues ¿qué cosa más obvia y puesta en razón que aparecerse, *antes que a nadie, a su santa Madre,* que era quien más había sufrido con El, y con más fidelidad le había acompañado en su pasión? Enseguida

se le apareció a ella, que estaba orando y suspirando por verle.

¿Y quien será el genial narrador capaz de describir el gozo del corazón maternal, al ver ante sí a su Hijo, vuelto a la vida, una vida ya inmortal y gloriosa? Al que poco antes había visto atrozmente desfigurado y muerto, lo ve ahora lleno de vida y luz.

Ella sabe muy bien que la redención obrada por su Hijo en la Cruz se completa con su resurrección. Pues si Cristo *había muerto por nuestros pecados, resucitaba por nuestra justificación.* El gozo de María era pleno, al ver coronada felizmente la obra salvadora de Jesús.

Se le va el Hijo al cielo.

Deliciosa cuarentena hizo pasar el Señor a su Madre y a sus discípulos. Repetidas veces se mostró a ellos, enseñándoles sus cicatrices gloriosas, *testimonio perenne de su amor y sacrificio* por nosotros. Conversaba con ellos y los instruía sobre el Reino que habían de establecer en la tierra.

Una vez fue ya la última en que lo veían acá abajo. Los reunió en el monte de los Olivos. Les repitió sus grandes consignas: Que evangelizaran el mundo entero, y no temieran nada, pues El estaría con ellos, aunque invisible, hasta el fin de los siglos.

Mas todavía habían de permanecer en la Ciudad, hasta que fueran revestidos de las nuevas armas, la

fuerza del Espíritu Santo que bajaría sobre ellos. Entonces bendijo a sus discípulos y a su Madre. Mientras los bendecía, se fue elevando a la vista de todos, que extasiados seguían mirándolo, hasta que una "nube envidiosa" lo ocultó a sus ojos.

Un ángel los hizo volver en sí, avisándoles que Jesús volvería al final de los tiempos, igual que había ascendido ahora. Entonces regresaron a Jerusalén, no tristes por la separación de su Maestro, sino rebosando de gozo porque habían visto su gloria.

A la derecha del Padre.

Jesús penetró en los cielos, como Rey vencedor que vuelve después de haber derrotado a sus enemigos. Y se sentó a la derecha del Padre, y allí permanece para siempre, en la cumbre de su gloria, aguardando a que Dios ponga a sus enemigos como escabel bajo sus pies.

Allí Jesús no nos olvida, no olvida a sus redimidos, sino que completa su obra salvadora, intercediendo de continuo ante el Padre por nosotros y por todo el mundo, presentándole los infinitos méritos de su Cruz.

En la tierra quedan sus discípulos, alegres por el triunfo de su Maestro y Señor, y si bien a El no lo ven, siente su presencia y su amor. Además, gozán todavía del inmenso consuelo de tener consigo a *María, la Madre de Jesús,* dulce Madre también de ellos y de todos nosotros.

XXI

AGUARDANDO AL ESPIRITU

Jesús resucitado se ha ido ya al cielo, prometiendo a los discípulos enviarles el Don divino, el Espíritu Santo, que será su Consolador y los llenará de su luz. Mas entretanto ellos se sienten solos, como chiquillos que necesitan calor y cariño familiar.

Bajo el amparo de María.

Es verdad que Jesús les ha dado por jefe a Pedro. Pero eso no les consuela demasiado. Están tan recientes sus negaciones. El mismo Pedro no se fía de sí, y todos ellos se encierran en el cenáculo "por miedo a los judíos".

Es que aún son débiles, aún no han recibido la fortaleza que les dará el Espíritu Santo, para enfrentarse con el mundo. ¿Quién les ayudará ahora? ¿A quién acudirán? Ellos no lo dudan, se refugian en Maria.

De propósito la ha dejado el Señor todavía en la tierra, para consuelo de ellos, que cariñosamente la

llaman *"la Madre de Jesús"*. Este sencillo título viene a ser la primera advocación que la naciente Iglesia da a Nuestra Señora.

A los discípulos les parece hallar en ella el perfume de la presencia de Jesús, su adorado Maestro y Señor. Al mirarla creen verlo a El de nuevo, hasta en los rasgos de su fisonomía, tan parecida a la de El, que era fruto exclusivo de sus entrañas virginales, al que había concebido sola *"por obra del Espíritu Santo"*

Oran en unión con ella.

El Señor, al subir al cielo, les había mandado permanecer en la Ciudad, hasta que recibieran *la fuerza de lo alto,* el Espíritu divino. Eran días de tensión, de expectativa. ¿Qué van a hacer sino orar, pedir con insistencia al Padre el Don ansiado?

Ahora les viene a la memoria la enseñanza de Jesús: Es preciso orar de continuo, sin desfallecer. Y recuerdan su promesa sobre el maravilloso poder de la oración: "Pedid y recibiréis... Todo el que pide recibe. Buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá".

Si un hombre, por malo que sea, no niega a su hijito que le pide pan, ¿cuánto menos va a negar el Padre Celestial el don de su Espíritu a los que se lo pidan? Esto les anima, y siguen pidiendo con redoblado fervor.

Su oración tiene ahora una *virtualidad especial,*

porque no la hacen solos, sino que oran *"con María, la Madre de Jesús"*. Ella, la llena de gracia, con sus ardientes súplicas había apresurado la venida del Hijo de Dios al mundo. Ahora también atraerá al Espíritu Santo sobre la naciente Iglesia.

El corazón de María era, después de la Humanidad de Cristo, la obra maestra del divino Orfebre de la santidad. El había extendido su sombra benéfica sobre ella en la Encarnación del Verbo en sus entrañas. ¿Quien mejor que ella podría impetrar del cielo el rocío renovador del Espíritu?

En aquellos días de retiro, los discípulos y las piadosas mujeres que con ellos estaban, se unían a la Madre de Jesús, para implorar la pronta venida del Consolador. Una exhuberante primavera se presiente ya. El arrullo de la tórtola se escucha en nuestra tierra. La súplica de la Virgen sube y conmueve al cielo.

Pronto se abrirán sus compuertas para derramar al Espíritu divino, con la abundante efusión de sus dones, que fecundarán la tierra árida de los corazones humanos.

¡Ven Espíritu Creador, visita las almas que son tuyas, llena de tu gracia soberana los pechos que tú has creado!

XXII

EL ROCIO DEL CIELO

Alboreó por fin el día luminoso, esperado con tanta ilusión. Sobre la Pentecostés de Israel iba a surgir la del *nuevo Pueblo de Dios,* el de los seguidores de Jesús, venidos tanto del judaismo como de la gentilidad.

El antiguo muro de división había sido derribado por la Cruz.

La irrupción del Espíritu.

De repente se oyó un gran estruendo, como de un huracán que hacía retemblar la casa en que estaban reunidos los discípulos del Señor, *con María su Madre.* Y aparecieron unas como lenguas de fuego, que se posaron sobre sus cabezas. El extraño ruido atrajo a una gran multitud alrededor de la casa.

Los apóstoles, hasta ahora retraidos y miedosos, se sintieron llenos de audacia santa para hablar a todo el pueblo, y a sus jefes, anunciándoles la resu-

rrección de Jesús. Y sucedió entonces algo increíble, maravilloso:

Y fue que, hablando los apóstoles en su lengua propia, los oyentes, venidos de todas las naciones que hay bajo el cielo, *los escuchaban cada uno en su idioma particular.* Había allí partos y medos, elamitas, habitantes de Mesopotamia, Judea, Capadocia, Ponto y Asia, Frigia y Panfilia, egipcios, libios, forasteros romanos, cretenses, árabes...

Y todos oían a los apóstoles,en su propia lengua cada uno, ensalzar las maravillosas obras de Dios.

Radical transformación.

Aquellos apóstoles de Jesús, sencillos pescadores de Galilea, rudos y sin estudios, aparecían totalmente transformados por la acción del Espíritu Divino.

Antes torpes para entender las palabras de Jesús, ahora iluminados las penetraban y comprendían su alcance. Antes cobardes, que temblaban a la voz de una criada, y se encerraban por miedo a los judíos, ahora se enfrentaban con el pueblo y sus príncipes, y les echaban en cara que *habían dado muerte al Autor de la vida.* Y paladinamente les anunciaban que el Jesús crucificado por ellos, había sido resucitado por Dios.

Y así, la piedra desechada por los arquitectos, se había convertido en *la piedra básica y angular*

del edificio de salvación de todos: judíos y gentiles. Y no había sido dado otro nombre en que poder ser salvos, *sino el nombre de Jesús,* ante el cual ha de doblarse toda rodilla, en el cielo, en la tierra y en el abismo.

Al escuchar estas cosas, todos se sintieron hondamente conmovidos, y por millares se convertían en discípulos de Jesús, bautizándose y agregándose a la naciente Iglesia, que aquel día comenzaba su marcha *a través de la historia humana.*

El cambio que se operó en los discípulos no era necesario en María, que jamás fue torpe ni vacilante en la fe y en el amor. Lo que en ella tuvo lugar fue una *nueva efusión de gracias y dones,* que la elevaron a mayores alturas de santidad.

Entonces con plena luz comprende María el significado redentor de la muerte de Cristo, y, no menos, el sentido salvífico de su resurrección.

Reina de los apóstoles.

La Virgen María estaba entre los discípulos de Jesús, como *verdadera Reina y Madre,* a la que todos veneraban como hijos, y sentíanse amados por ella con ternura maternal.

Mas llegó el momento duro, aunque glorioso, en que los apóstoles habían de repartirse por toda la "habitada", para realizar la misión que Jesús les había confiado, de enseñar a todas las naciones, y

predicar la Buena Nueva a toda criatura.

Despidiéronse unos de otros y de la Virgen María, y encomendándose a su oración poderosa, se esparcieron animosos por todos los paises del mundo entonces conocido.

María se quedó con Juan, que siempre la llevaba consigo, según el dulce encargo que le había hecho el Señor.

Reina de las misiones.

Igual que los apóstoles, así son enviados de continuo los misioneros a toda la redondez de la tierra, para anunciar el evangelio a las más diversas naciones y razas de la humanidad.

Invocando a María parten los valientes mensajeros de la fe, lo mismo a las heladas regiones del círculo polar que a las ardientes de los trópicos, a naciones de refinada cultura o a tierras habitadas por tribus primitivas e incultas.

Bajo la protección de María, *Reina de las misiones,* se van así ensanchando las fronteras de la Iglesia, que acoge cada día nuevos hijos, a la sombra de la Cruz.

XXIII

LA ASUNCION DE MARIA

"La Virgen Inmaculada... acabado el curso de su vida terrenal, *fue llevada al cielo,* no sólo en alma sino también en cuerpo". Estos son los términos de la solemne definición hecha por el Papa Pío XII, en 1950.

La fiesta de la Asunción se celebraba ya en las más antiguas liturgias. En Oriente ya en el s.VI, y en Roma a fines del s.VII, y de allí se propagó a Milán y España en el s.VIII, con el título explícito de la Asunción.

La "Dormición" de Nuestra Señora.

En la definición dogmática, ni se afirma ni se niega que María muriese y resucitase antes de subir al cielo. Sólo se afirma que fue allá trasladada en cuerpo y alma *"acabado el curso de su vida terrenal"*. Pero casi todos los teólogos aceptan que murió, y resucitó muy pronto, sin dar lugar a la corrupción.

María, pues, murió, aunque no tuvo pecado alguno. En esto se asemejaba también a su Hijo divino, que se dignó morir por nosotros. La fecha y lugar de la muerte de la Virgen lo ignoramos. Fue un suceso triste para los discípulos, pero nada terrible para ella.

¿Qué tenía que temer la que había hallado gracia ante Dios? Para la "llena de gracia" la muerte era el término feliz de sus anhelos, el reencuentro con su Amado. Fue un tránsito dichoso. Murió *abrasada por la llama de amor vivo,* que había ido creciendo en su corazón en cada instante de su vida terrenal.

Aunque verdadera muerte, con razón se la ha llamado *"dormición"*, por la placidez y paz con que tuvo lugar. Inclinó su cabeza y cerró sus ojos, pensando en el que amaba su alma: Jesús. Como una flor al cortarla del tallo, así María al morir desprendió un suave perfume, el amor puro de su corazón.

La muerte no pudo retenerla mucho tiempo, ni la corrupción pudo manchar aquel cuerpo virginal, Arca de la Nueva Alianza. Su sepulcro fue una primavera en que, con nueva vida, brotó la Flor de las flores, la Rosa mística.

Alégremonos, hermanos, ya no hay huérfanos. Nuestra Madre vive en el cielo.

Se la llevó su Hijo.

Una vez resucitada María, enseguida fue elevada al cielo, entre cánticos de ángeles. "¿Quien es esta, decían, que *sube del desierto apoyada en su Amado?"*. Pues María fue llevada al cielo por el poder de su Hijo que la llamaba:

"Levántate, amada mía, hermosa mía, y ven; ya ha pasado el invierno... nuestra tierra ha florecido... se escucha ya el arrullo de la tórtola".

Digno remate, oh María, de la cadena de maravillas que obró en ti el Poderoso, y santo es su nombre. El primer eslabón fue tu Concepción sin mancha, el último tu Asunción al cielo.

Esta es aquella Mujer que vio Juan, vestida del sol, coronada de estrellas, y la luna bajo sus pies. Esplendorosa gloria de María, que es figura del triunfo futuro de la Iglesia, que en ella mira su modelo y su esperanza.

Cristo, que la asoció en la tierra a sus trabajos y sufrimientos, la asocia ahora también a su gloria triunfal.

XXIV

MEDIADORA DE LAS GRACIAS

En las bodas de Caná, la Virgen María intervino ante su Hijo, con tan buen resultado que *por ella obró Jesús su primer milagro,* incluso anticipando la hora de sus signos. Así ensayó en la tierra el gran oficio que había de ejercitar en el cielo.

El clamor del pueblo fiel que, en todas sus necesidades y peligros, acude confiado a María, demuestra la persuasión que tiene de su gran poder ante el trono de su Hijo.

Mediación eficaz.

Para mediar con eficacia entre dos extremos, hay que tener con los dos alguna unión, pertenecer de alguna manera a uno y otro. Así Jesús, el Mediador esencial entre Dios y los hombres, está unido a Dios como Hijo suyo, y a nosotros como hermano nuestro.

Pues bien, la Virgen María está unida a nosotros, porque es del linaje humano, y también Madre

nuestra. Y a la vez es la Madre del Hijo de Dios hecho hombre en sus virginales entrañas.

Así, aunque todos los santos son mediadores nuestros ante Dios, María lo es en un plano esencialmente superior. Ellos son siervos de Dios, mientras ella es su Madre.

Ninguna criatura es más grata al Señor, y a ninguna escucha con tanta benignidad, como a aquella que le dió el ser humano, lo amamantó a sus pechos, lo acompañó en su vida, y estuvo fielmente junto a la Cruz en que moría.

–Pero S. Pablo dice que Cristo Jesús es *el único Mediador* entre Dios y los hombres.

–¿Y qué? La mediación de María no es algo distinto, sino que Cristo ha querido *asociar a su Madre* a su mediación única, con subordinación completa de ella a El. De modo que todas las gracias nos vienen de Dios, por medio de Cristo Jesús, mediando también con El, por disposición divina, la intercesión de la Virgen María.

Refugio de los pecadores.

La mediación universal de María extiende su sombra benéfica, sobre todo, a los más necesitados. Que una madre se enternece más con los hijos más desgraciados. ¿Y quienes son los más desgraciados de los hombres sino los pecadores?

Por eso María es refugio de los pecadores, y

cuanto más pecadores, tanto ella es más su refugio y amparo.

Agobiados bajo el peso de nuestras culpas, acudamos *al trono de gracia y de misericordia*, en que se sienta María al lado de su Hijo, para inteceder por nosotros.

Nadie tiene tanto interés como ella por el perdón de los pecadores, por los que vio padecer y morir en una cruz a su Hijo amado. No le sufre el corazón que la sangre de su Jesús se inutilice y pierda en ellos.

Madre de Jesús y a la vez de los hombres, nada desea con más ardor que ver reconciliados con su Hijo Jesús a los demás hijos suyos y hermanos de El. Sobre todo en la última hora de la vida, decisiva para toda la eternidad.

No quiere que estén enemistados para siempre. Por eso le rezamos: "Ruega por nosotros pecadores, ahora y *en la hora de nuestra muerte*".

Auxiliadora de los cristianos.

Una mediación especial ejerce María sobre los que son seguidores de Jesús, y tienen fe en El: los cristianos. Por muchos enemigos han sido combatidos éstos, desde que aparecieron en el mundo.

Primero en Israel, y después ferozmente en el imperio romano. Y a través de la historia hasta ahora, han surgido y siguen surgiendo persecucio-

nes contra los cristianos.

Unos han sido enemigos exteriores, que derramaban la sangre de los mártires, semilla de nuevos cristianos. Otros enemigos han sido interiores, perturbadores de la fe desde dentro, intentando dividir la Iglesia con herejías y cismas.

De unos y de otros ha defendido al pueblo cristianos *la poderosa Auxiliadora*, sosteniendo firme su fe. Con el rosario en la mano defendió Santo Domingo la fe católica contra los herejes albigenses, y con el rosario rezado por las calles se lograron grandes victorias de la cristiandad, como Lepanto y Viena.

Invocando a María se inició la epopeya española de la Reconquista, contra la Media Luna, en los riscos de Covadonga. Con el Ave María se ganó Granada. La Virgen de la Victoria liberó a Málaga.

La potente luz de Lourdes ha fortalecido la fe contra la moderna incredulidad. Y Fátima ha traido una primavera popular. El Pilar de Zaragoza sostiene la fe de España con fortaleza de roca, y la proyecta radiante a todo un Mundo Nuevo de lengua y sangre hispánica.

XXV

MADRE DE LA IGLESIA

María, por el Sí que dio al ángel en la Anunciación, y por su participación en la Cruz del Señor, es en verdad *Madre de todos los redimidos,* de todos los hombres. Pero no hay duda de que es Madre, en especial, de los cristianos, es decir,de la Iglesia, Cuerpo Místico de Jesucristo.

La misma Iglesia la ha proclamado con júbilo Madre suya.

Voz de la Jerarquía.

El 11 de octubre del 63, fiesta de la Maternidad de María, aniversario de la apertura del concilio Vat. II, la invocaba Pablo VI: "Mira, María, a la Iglesia, y haz que, al definirse a sí misma, te reconozca por Madre".

Y el 4 de diciembre del mismo año, al clausurarse la 2.ª etapa conciliar, Pablo VI pidió a la asamblea el reconocimiento del puesto de María en la Iglesia, "después de Cristo el más alto, y el más cer-

cano a nosotros, de forma que, para gloria suya y consuelo nuestro, podamos venerarla *con el título de Madre de la Iglesia".*

El 21 de noviembre del 64, al promulgar la constitución "Lumen gentium", el mismo Pablo VI, como Pastor supremo, proclamó a María *Madre de la Iglesia,* es decir, de todos los cristianos, tanto de los fieles como de los pastores.

Los 2.500 Padres conciliares, puestos en pie, aplaudieron clamorosamente. Y el mismo día todos ellos, con el Papa a la cabeza, tributaron a la Virgen un grandioso homenaje en la basílica de Santa María Mayor.

Origen y ejercicio de esta maternidad.

La maternidad de María respecto a la Iglesia *se inicia ya en la Anunciación,* al aceptar ella humildemente el mensaje del ángel. Por este consentimiento María engendró corporalmente a Jesús *como Salvador* (tal como se lo había anunciado el ángel). Con esto, empezó a ser Madre espiritual de la Iglesia.

Además, estando junto a la Cruz de su Hijo, este le dirigió aquellas palabras: *"Mujer, ahí tienes a tu hijo".* Juan representaba a todos los discípulos de Jesús, a todos los cristianos.

"La Iglesia tiene a la Virgen como Madre suya, pues *le fue entregada por las últimas palabras de su*

Esposo moribundo" (Ben. XIV, bula Gloriosae Dominae).

Por tanto, la maternidad de María sobre la Iglesia no es una metáfora, sino una realidad sobrenatural. El mismo Cristo actúa sobre nosotros valiéndose de su Madre, asociándola a su obra de salvación.

Es, pues, María Madre de la Iglesia, porque influye de verdad en la regeneración espiritual de los miembros del Cuerpo Místico. Al ser Madre de Cristo, Cabeza de ese Cuerpo, engendra también a sus miembros a la vida sobrenatural. Es, pues, *Madre de todos los fieles,* es decir, de la Iglesia.

Como ejercicio de su maternidad, con los cuidados propios de la madre, en el crecimiento y desarrollo de la Iglesia, deben considerarse su *"mediación"* y la *"dispensación de las gracias"*, ya a toda la Iglesia, ya a cada uno de sus miembros.

Relación María – Iglesia.

La Virgen María es *parte de la Iglesia,* miembro del Cuerpo Místico, el más excelente después de Cristo que es la Cabeza, por ser ella la Madre corporal de éste, al darle al Verbo la naturaleza humana.

Es, pues, verdad que María pertenece a la Iglesia. Pero también es verdad que ella *excede y está sobre la Iglesia,* por ser Madre suya.

Mientras estaba entre los fieles, aún en su vida terrenal, era Madre solícita de la naciente Iglesia, y también lo es una vez subida al cielo, por su intercesión incesante ante el trono de su Hijo, en favor del pueblo de Dios peregrinante.

María, además, es *el ejemplar y modelo ideal de la Iglesia,* a la que ésta contempla como purísima imagen de todo lo que ella anhela y espera ser (const. litúrg. c.v).

Y no sólo en lo que atañe a la propia perfección, sino también en su apostolado, la Iglesia mira a María como ejemplar y modelo. Pues si la Virgen engendró y dio a luz a Cristo, la Iglesia lo hace nacer y crecer en los corazones de los hombres.

Así dice S. Pablo: "Hijitos míos, por quienes sufro dolores de parto, de nuevo, hasta ver a Cristo formado en vosotros" (Gal. 4,19).

XXVI

REINA DE CIELO Y TIERRA

María Santísima participa con su Hijo Jesús de la realeza universal. Es, al lado de su Hijo, Reina de cielo y tierra, Emperatriz de todo lo creado. Y lo es, tanto por su excelsa dignidad de Madre de Dios, como por sus heroicos méritos junto a la Cruz.

Atendemos en esto al paralelismo de semejanza con Jesús, que quiso asociar a su bendita Madre no sólo a su humillación, sino también a su grandeza y gloria.

Por su dignidad de Madre de Dios.

Jesucristo es Rey, ante todo, *por ser Hijo de Dios.* De modo análogo, la Virgen María es Reina, en primer lugar, por su dignidad de *Madre del que es Rey de reyes* y Señor de los que dominan, a cuyo nombre se dobla toda rodilla.

Por tanto María es Reina universal, como universal es la realeza de Cristo. Implícitamente le expresó el ángel su realeza, al anunciarle que habría de te-

ner un Hijo, el cual heredaría el trono de David su padre, es decir, el reino mesiánico universal, que nunca tendrá fin.

A la madre del rey le correspondía también la realeza, como aparece en el Libro de los reyes. Betsabé, madre de Salomón, acude a su hijo postrándose ante él. Pero él la levanta y la sienta a su lado, pues es *la Reina Madre*, la "gebirá", que participa en la realeza de su hijo.

María es la Madre del verdadero Salomón, de quien el sabio rey no era sino la sombra y figura. Ella, por tanto, participa en el poder del rey. El oficio propio de su realeza es interceder por los súbditos en sus necesidades. *Su negociado es el de la misericordia* con los desgraciados y pecadores.

Por eso llamamos a María, Reina y Madre de misericordia, Madre del amor hermoso.

Por su participación en la Cruz de Cristo.

Cristo es también Rey *por derecho de conquista*, al dar su vida en la Cruz para redimir al género humano. Todos le pertenecemos de derecho, ya que a todos nos ha ganado en buena lid, derramando su sangre por nuestro rescate.

Pues bien, *María estuvo firme junto a la Cruz de su Hijo*, participando con profunda compasión en los sufrimientos de El, al ser traspasado su corazón maternal por la espada de acerbísimo dolor, que el

anciano Simeón le había profetizado.

Pues si Cristo por su pasión y muerte ganó el señorío sobre el linaje humano, de modo análogo le corresponde también a María este señorío, por su participación en la Cruz del Señor. Somos, pues, tuyos, Señora, ya que con tu Hijo participaste en nuestra redención.

Coronación de María en el cielo.

Entusiasmados con la realeza de María, gocemos imaginando la radiante escena de su coronación en el cielo. Las tres divinas Personas concurren a coronarla como Reina de todo lo creado.

El Padre la corona por ser hija predilecta suya, escogida entre millares y bendita entre todas las mujeres.

El Hijo pone sobre sus sienes la diadema real, por ser su Madre, y porque habiendo participado fielmente en su pasión, debe participar también en su gloria. La que estuvo junto a su Cruz, ha de estar igualmente junto a su trono.

El Espíritu Santo la adorna con la aureola de gozo y alegría, como a Esposa suya, templo desde donde irradia su luz, rosa mística que exhala el perfume del más puro amor.

Las legiones de los ángeles la aclaman por su Reina, y el ejército de todos los santos se regocija reconociéndola como Emperatriz de todos ellos.

A este concierto de alabanzas celestiales, nos unimos los hijos suyos que todavía peregrinamos por el desierto de esta vida y, con su auxilio y protección, peleamos el combate de la fe, por el reinado de Jesús y de ella misma con El, en la tierra.

XXVII

MARIA, IDEAL DE SANTIDAD (I)

"Espejo de justicia" llamamos a María, y equivale a llamarla *"Ideal de santidad."* Porque justicia, tomada en general (y no como virtud particular), significa santidad, todo aquello por lo que el hombre es *justo,* santo, agradable a Dios.

La santidad cristiana está en la *imitación de Cristo,* en quien el Padre tiene todas sus complacencias. Por eso, tanto más agrada uno a Dios cuanto más se parece a Cristo. Pues bien, nadie se parece tanto a Cristo como la Virgen María.

Mucho mejor que S. Pablo puede ella decir: *"Sed mis imitadores, como yo lo soy de Cristo".* Veámoslo recorriendo sus grandes virtudes.

Feliz tú que has creido.

Cristo no necesitó de la fe, pues en su misma vida mortal gozaba de la visión de Dios, que supera y rebasa con eminencia a la fe. Pero en nosotros, como no se da la visión, suple la fe.

La fe consiste en aceptar las verdades reveladas, por ser Dios quien las revela. Lo que aquí conocemos por la fe, de un modo oscuro (que los teólogos llaman analógico), lo veremos después cara a cara en el cielo.

La fe es grandiosa, pues descubre ante el alma del creyente un inmenso panorama de maravillosas verdades. La fe es *fundamento y raíz de toda justificación* (C. Trid.). Ella es la base insustituible de todas las virtudes cristianas.

La fe, aunque oscura, es *firme y segurísima*, porque su apoyo es el más firme que puede darse: la autoridad de Dios revelante, que ni puede engañarse ni engañarnos. La fe es *don gratuito*, pero que voluntariamente debemos abrazar.

En cuanto a la Virgen María ¡cuán grande y firme fué su fe! Sin vacilar creyó el mensaje del ángel, al comprender que venía de Dios. Por eso mereció el elogio de su prima Isabel: *¡Feliz tú que has creido!*

Su gran fe le dió fortaleza en las duras pruebas de su vida. En el desamparo de Belén, en la huida a Egipto, en la pérdida del Niño Jesús, en Nazaret, cuando Jesús aparecía como simple aprendiz o artesano.

Y sobre todo en la Pasión, cuando lo vio condenado por el tribunal religioso de Israel, atrozmente calumniado y sometido a tormentos, hasta acabar ejecutado entre dos bandidos. En todo esto,

ni un momento vaciló María, aunque vió desfallecer a los discípulos y al principal de ellos negar tres veces a su Maestro.

Imitemos esta firme fe, aun en medio de tribulaciones y tentaciones, y aunque veamos vacilar a los que parecían columnas. Pues *"el que persevere hasta el fin ese será salvo"*.

Esperó contra toda esperanza.

La fe es el apoyo de la esperanza. Por eso Abraham, nuestro padre en la fe, esperó contra toda esperanza. Y aunque Dios le mandó sacrificar a su hijo único Isaac, en quien le había hecho la promesa de bendición, él no vaciló en obedecer. Pues si bien el sacrificio de su hijo parecía hacer imposible la promesa, él *creía firmemente que para Dios nada hay imposible.*

Dios no le dejó consumar el sacrificio, y le renovó con creces su promesa, que le cumplió con magnificencia divina en su descendiente *Jesús*, el Salvador, en quien fueron benditas todas las gentes.

Mejor aún, la Virgen María esperó contra toda esperanza. Viendo morir al verdadero Isaac, su Hijo Jesús, mantuvo en todo momento la *segura esperanza* de que por esa muerte vendría la salvación al mundo entero.

La esperanza es fácil en la bonanza, cuando todo sale a pedir de boca. Pero si surge la borrasca de las

contradicciones, entonces, aun los más fuertes están a punto de caer en la desesperanza. En la Pasión los discípulos huyeron, y Pedro renegó tres veces.

En cambio María, aunque transida de dolor, perseveró inalterable junto a la Cruz, y ya muerto Jesús siguió esperando, y en su retiro aguardaba serena la inminente resurrección de su Hijo, tal como El la había anunciado.

No leemos que ella fuese con las otras piadosas mujeres al sepulcro, para ungir de nuevo el cuerpo de Jesús. ¡Si al tercer día iba a resucitar!

Y después de que El subió al cielo, María alentó a los apóstoles a esperar al Espíritu Santo. Y cuando hubieron de repartirse por todo el mundo, para evangelizarlo, ella también fortaleció su confianza.

Esperemos también nosotros con ánimo invencible. Confiemos en Dios, y en la poderosa protección de la que es Reina de cielo y tierra. Mediadora de todas las gracias.

XXVIII

MARIA, IDEAL DE SANTIDAD (II)

Si María se distinguió sobre todos los santos por su fe y su esperanza, no menos se distinguió por su ardiente caridad. La Iglesia le aplica aquel elogio de la Sabiduría: *"Yo soy la madre del amor hermoso"*.

¿Cual es el amor hermoso?

¿A qué amor podemos llamar hermoso con mejor razón que a *la caridad?* Este es el amor que infunde el Espíritu Santo en los corazones, cuando se apodera de ellos. Y es, ante todo, un amor purísimo a Dios sobre todas las cosas, amándolo con toda el alma, con todas las fuerzas, con todo el ser. Tal amor es el primero y principal de los mandamientos.

El amor a Dios es *el amor más hermoso y noble* que puede arder en el corazón del hombre. Tal amor eleve al alma, la santifica, la limpia del pecado, y la inunda de la gracia que tal vez perdió por

alguna culpa grave.

Decía un viejo catecismo: ¿Cual de los hombres es el más santo? *El que tiene mayor caridad,* sea el que fuere. Aunque sea un analfabeto, marginado, inválido, o despreciado. El que tenga mayor caridad es el mejor de los hombres.

En el cielo desaparecen (por innecesarias allí) la fe y la esperanza. Allí no hay que creer, porque se ven las cosas divinas. Ni hay que esperar, porque ya se poseen. En cambio, allí *permanece la caridad,* purificada de toda escoria, como oro en el crisol.

Sobre todos los dones más excelentes y apetecidos por los cristianos, S. Pablo les encarece, como *camino mejor y más válido,* la caridad.

Pues aunque uno hablara las lenguas de los ángeles y de los hombres, aunque tuviera toda ciencia y el poder de hacer milagros, si no tuviere caridad, sería como un latón vacío, que suena a hueco, sin contenido.

María, Madre del amor hermoso.

La llena de gracia es también llena del amor divino. Nadie, entre las puras criaturas, ha amado a Dios tanto como ella. Apenas despertó al uso de la razón, su noble alma se orientó totalmente hacia Dios, como un girasol espiritual, y le consagró los efectos todos de su corazón.

María fue, entre todos los seres creados (a excep-

ción de la Humanidad de Cristo), *la más enamorada de Dios*, muy por encima de querubines y serafines, y de todas las almas místicas, y de los más grandes apóstoles y mártires.

Decía el profeta Jeremías a Dios: *"Me sedujiste, Señor, y me dejé seducir"*. La virgen María, desde muy niña, fue cautivada por el amor de Dios, y condenada por ese amor fue siempre su humilde esclava.

Admiramos a S. Pablo cuando decía: *"Mi vida es Cristo"*. ¿Y no era Cristo toda la vida de María? ¿Quién ocupaba continuamente su corazón, con todos sus afectos y deseos sino Jesús, su hijo adorado?

El amor de Dios tiene en esta vida una piedra de toque: el sacrificio. *"En el amor no se vive sin dolor"*. Pues ¿quien participó más de los dolores de Cristo sino su Madre? Terrible espada de sufrimiento traspasó su alma en la Pasión de su Hijo.

Volcó su amor sobre nosotros.

La verdadera caridad no se para en Dios. Deriva y se vuelca hacia los prójimos, porque los ve como imagen de Dios, teñidos con la sangre del Redentor. Por eso no puede darse verdadero amor de Dios sin caridad del prójimo.

Por eso, el amor sin medida de María a Dios, redundaba todo hacia los hombres. Sobre todo, des-

de la Anunciación, pues Jesús le fue anunciado por el ángel como Salvador del género humano.

Así María, al aceptar el mensaje del ángel, *se hizo Madre nuestra,* pues nos daba a Jesús sabiendo que con El nos daba la salvación y vida divina. Y desde ese momento nos amó como Madre nuestra, con ternura maternal, preocupándose por nuestro bien.

Y después, cuando Jesús desde la Cruz la declaró Madre nuestra, al decirle: *Mujer ahí tienes a tu hijo,* de tal modo se grabó en su corazón este encargo de su Hijo moribundo, que jamás lo podrá olvidar.

La verdad es que si la caridad ha de ser el distintivo de los discípulos de Jesús, ¿cuánto más habrá de serlo de su Madre?

De esa caridad de María se benefician todos los afligidos, todos los pecadores. Desde su trono de gracia, acoge ella tierna y generosamente a cuantos se refugian en su bondad materna[1].

No dudes, hermano, en acudir a la Virgen María si te sientes agobiado por el peso de tus culpas. No quedarás defraudado.

XXIX

MARIA, IDEAL DE SANTIDAD (III)

Además de las virtudes teologales, la santidad hace brotar en el alma otra flores, que llamamos morales. Fijémonos en algunas de especial importancia, que adornaron el corazón inmaculado de María.

La humildad.

Para ser santo se necesita ser humilde. No se da un santo soberbio. Más aún, la humildad, en opinión de S. Agustín, es *el cimiento de la santidad.* Por eso, cuanto más alto quieras que sea el edificio de santidad, tanto más hondo tienes que poner el cimiento de la humildad. Cuanto más santo quiera ser uno, tiene que ser más humilde.

Pues siendo la santidad de la Virgen María superior a la de todos los ángeles y santos, no es de extrañar que sea tan profunda su humildad, que no puede serlo más.

María es humildísima. Y eso que sabe muy bien que el Poderoso ha hecho en ella cosas grandes,

hasta el punto que todas las generaciones la proclamarán feliz. Pero ni una tilde de esa grandeza se atribuye a sí misma, sino todo a Dios, que se dignó poner los ojos en la pequeñez de su esclava.

Reconoce, sí, los dones de Dios, porque *la humildad es la verdad,* pero los refiere todos a la fuente de donde dimanan, al sol que irradia esos rayos, *a Dios, origen de todo lo que es bueno.*

El ángel la llamó Reina, al anunciarle que sería Madre del gran Rey. Más ella prefiere llamarse *la esclava del Señor,* sumisa a cuanto El quiera. Con esa humildad atrae al Verbo divino, que baja del cielo para humanarse en las virginales entrañas de María.

Ella sirve siempre a Jesús, obedece a Jesús, y en la Pasión de su hijo no se esconde, sino que participa de la ignominia de su Cruz, a su lado, sin palabra de amargura. Pues si ella, tan pura y santa, fué tan humilde, ¿como yo siendo pecador soy tan soberbio?

La prudencia.

Las vírgenes prudentes aguardaban al Esposo con lámparas encendidas. Más aún que ellas, *la prudentísima Virgen María* aguardaba al divino Esposo, Cristo, que venía a albergarse en sus entrañas, con el corazón encendido en la llama de amor viva.

En dos páginas del evangelio brilla especialmente su exquisita prudencia. Una, cuando en la Anunciación pregunta al ángel cómo podrá componerse la maternidad que él le anuncia, con la virginidad que ella, inspirada por Dios, había prometido.

El celestial mensajero le asegura que el Espíritu Santo velará por su virgnidad, haciéndole sombra con su poder divino. Entonces María, *una vez conocida en concreto la voluntad divina* sobre ella, da su consentimiento de todo corazón.

También se mostró prudentísima María en el silencio que guardó cuando José,su esposo, advirtiendo en ella señales de preñez, fuertemente turbado pensó en repudiarla en secreto. María no dijo palabra para defenderse, pues el ángel le había revelado el misterio, pero no le había dado licencia para manifestarlo.

Imitemos a la Virgen en la prudencia, pues necesitamos de esta virtud para librarnos de peligros y riesgos temerarios, en el accidentado camino de la salvación.

La fidelidad.

Esta virtud es la que *sostiene a las demás hasta el fin.* De ahí su incalculable importancia. Sobre todo en estos tiempos, en que la fidelidad va fallando de modo alarmante, aun en los compromisos más sagrados.

Se rompe la fidelidad de los esposos, jurada ante el altar. Se traiciona al sacerdote eterno, aun por mera veleidad, con gran escándalo del pueblo fiel. Se quebrantan los votos religiosos, que almas consagradas ofrecieron un día a Dios con alegre generosidad. Todas esas rupturas van desgarrando el Cuerpo Místico de Cristo.

Admiremos, en cambio, *la inquebrantable fidelidad de María,* en contraste con tan liviana ligereza. Ella, siempre fiel, compartió con José las vicisitudes de la agitada infancia de Jesús. Siempre fiel le siguió en su vida pública, a pesar de la oposición constante de los doctores de la Ley contra el Señor.

Y fiel a Jesús permaneció, cuando fue condenado por el tribunal religioso de Israel. Y en sumo grado de fidelidad se mantuvo, en guardia de amor, junto al leño en que moría su Hijo, mientras su propio corazón maternal era traspasado por aguda espada de dolor.

¡Virgen fidelísima! Alcánzamos de tu Hijo que le seamos siempre fieles, en los gozos y en las penas, en honras y en humillaciones, hasta morir por El.

XXX

FIGURAS DE MARIA

Según S. Pablo, los hechos del A. Testamento son figuras del Nuevo, y van anunciando, siglo tras siglo, a Cristo, centro de la historia. También, en el uso eclesiástico, se han tomado ciertas figuras históricas del A.T. para expresar lo que la Iglesia y los fieles piensan de María.

Nos es lícito, por tanto, aplicar en sentido acomodaticio a la Virgen, las figuras de algunas ilustres mujeres que florecieron en la A. Alianza.

Mujeres ilustres de Israel.

Débora, prudente y valerosa israelita que, por medio del guerrero Barac, derrotó a Sísara, general del ejército enemigo y aniquiló su poderío. Figura de la Virgen prudentísima y fuerte, María, que por medio de Jesús venció a Satanás y destruyó su imperio.

Judit, mujer de extraordinaria belleza y virtud. Los moradores de Betulia, donde residía, aterrados

por las amenazas de los asirios, querían rendirse. Mas ella, puesta su esperanza en solo Dios, se atrevió a llegarse al campamento enemigo, y allí, con arriesgado ardid, cortó la cabeza de Holofernes, jefe del ejército invasor, que muerto su jefe se dispersó lleno de pánico.

María, toda hermosa y santa, aplastó la cabeza de Satanás, nuestro mortal enemigo, con una victoria total contra el pecado, ya que fue desde su primer instante inmaculada y llena de gracia.

Ester, joven judía, desposada con el rey Asuero de Persia, alcanzó del gran monarca la ruina del pérfido y poderoso Amán, que proyectaba exterminar a todos los israelitas, esparcidos por el inmenso imperio.

Mucho mejor María, Madre y Esposa del Rey divino Jesucristo, intercede ante El de continuo con su omnipotente súplica, para salvar al género humano de la ruina eterna, a que lo quiere arrastrar el infernal enemigo.

Abigail, piadosa israelita del tiempo de David, sabía que el rey, indignado contra su marido, iba a exterminar a toda su familia. Mas ella, con ricas dádivas y lágrimas, logró aplacarlo, y así salvó a todos los suyos.

La madre de los Macabeos, junto al patíbulo donde sus hijos son atrozmente atormentados, da una prueba impresionante, no menos de ternura maternal, que de heroica fidelidad a Dios y su santa Ley.

María, la Madre dolorosa, permanece firme junto a la Cruz donde pena y agoniza su Hijo Jesús, ofreciendo a Dios el sacrificio de El, unido al de su propio corazón maternal, por la salvación de los otros hijos suyos, los pecadores.

XXXI

DICHOS DE LOS SANTOS SOBRE MARIA

Aunque a través de este libro se han citado numerosos dichos de los santos sobre las grandezas de la gloriosa Virgen, vamos a reunir ahora, al menos los principales, como en un luminoso panorama. Están tomados de diversos autores, especialmente de "Las Glorias de María" de S. Alfonso de Ligorio, Doctor de la Iglesia.

Nótese que cuando en estos dichos se afirma la seguridad de la salvación para los devotos de María, se entiende de una devoción sólida y seria, que se preocupa de cumplir los mandamientos, que es lo que agrada a la Stma. Virgen.

Y cuando se dice que la falta de devoción mariana ímplica la perdición eterna, se ha de entender que esa falta de devoción a la Virgen no sea por mera ignorancia inculpable, y no suponga desprecio de la Madre de Dios. En cuanto a que todas las gracias se nos concedan por María, es el sentir común de los teólogos.

María, Mediadora universal

María, como Madre del Creador, puede todo cuanto quiere, nada hay que limite su poder (S. Eutimio).

María es la Mediadora universal: Sin ella no hay gracia, y sin gracia no hay salvación (S. Bernardo).

Tal es la voluntad de Dios, que quiso que todo lo tuviéramos por María (S. Bernardo).

Todas las gracias que Dios concede a los hombres, son concedidas por intercesión de María; incluso aquellas que nos parece haberlas conseguido por otros santos (S. Alfonso María de Ligorio).

Todas las gracias que desde el cielo han descendido hasta este mundo, han venido por María (S. Antonio de Padua).

Desde el momento en que el Verbo eterno fue concebido en su seno virginal, adquirió cierto derecho a que todas las gracias pasen por sus manos, para dispensarlas a quien quiera, cuando quiera, y del modo que le agrade (S. Bernardino de Sena).

Nadie hay, oh Santísima, que se haya salvado si no es por Vos. Nadie, oh Inmaculada, se ha librado del mal si no es por Vos. Nadie, oh Purísima, recibe los dones divinos si no es por Vos. A nadie, oh Soberana, concede sus gracias la bondad divina, si no es por Vos (S. Germán de Constantinopla).

Bien podemos buscar las gracias, pero jamás las encontraremos si no es por medio de María (San Cayetano).

Todas cuantas misericordias se han dispensado a los hombres, todas han sido por medio de María (S. Antonino).

María, salvación de sus devotos

La devoción a María puede llamarse la "llave del paraíso" (S. Efrén).

Es imposible que se condene un devoto de María (S. Alfonso María de Ligorio).

Si amo a María puedo estar seguro de mi perseverancia (S. Juan Berchmans).

Hijos míos, si queréis perseverar, sed devotos de María (S. Felipe Neri).

No podrá perecer ante el eterno Juez el que se haya asegurado la ayuda de su Madre (S. Pedro Damiano).

Es imposible que se pierda el que se dirige confiadamente a María (S. Anselmo).

Hijitos míos: María es la escala de los pecadores, es mi más grande esperanza, es toda la razón de mi esperanza (S. Bernardo).

Todos cuantos se dedican a honrar a María y publicar sus glorias, tienen asegurado el cielo (S. Buenaventura).

Sin ella no hay salvación.

El que abandona a María no puede tener salvación mi vida (S. Cipriano).

Más quisiera estar sin pellejo que sin devoción a María (S. Juan de Avila).

Es imposible que se salve quien vive alejado de ti, María (S. Buenaventura).

Quien pretenda salvarse sin su ayuda es como el que pretenda volar sin alas (S. Antonino).

Yo dudo y no confío en las personas que no tienen especial amor a María (S. Fr. de Borja).

El no amar a la Stma. Virgen es una señal de reprobación; así por el contrario, los que le son devotos sincera y verdaderamente, tienen infaliblemente asegurada la salvación) (S. Luis M.a Griñón de Montfort).

Con ella la santidad

Gran cosa es lo que agrada a N. Señor cualquier servicio que se haga a su Madre (Sta. Teresa).

Jamás leí que algún santo no fuese especialmente devoto de María (S. Buenaventura).

Yo quiero ser siervo de Cristo, mas sé que nadie puede lograrlo sin ser antes siervo de su Madre; por eso ambiciono ser especial siervo de María (S. Ildefonso).

INDICE

		página
Prólogo		3
I	El culto a la Virgen María	5
II	María en el plan de Dios	8
III	Concebida sin pecado	11
IV	Vencedora de la serpiente	14
V	María frente a Eva	16
VI	Llena de gracia	19
VII	La Inmaculada triunfa	23
VIII	Natividad y juventud	27
IX	La Anunciación	30
X	La visita de María a Isabel	34
XI	Y nació de la Virgen María	37
XII	María, Madre de Dios	40
XIII	Siempre Virgen	44
XIV	El idilio de Nazaret	48
XV	Colaborando al Evangelio	51
XVI	El episodio de Caná	55
XVII	María junto a la Cruz	58
XVIII	El regalo de Jesús al mundo	61
XIX	Angustia y soledad de María	65
XX	Tras el dolor, el gozo	69
XXI	Aguardando al Espíritu	72
XXII	El rocío del cielo	75
XXIII	La Asunción de María	79
XXIV	Mediadora de las gracias	82
XXV	Madre de la Iglesia	86
XXVI	Reina de cielo y tierra	90
XXVII	María, ideal de santidad (I)	94
XXVIII	María, ideal de santidad (II)	98
XXIX	María, ideal de santidad (III)	102
XXX	Figuras de María	106
XXXI	Dichos de los santos sobre María	108